



Guerras en medio de la Guerra

Antonio Hermosa Andújar
(Universidad de Sevilla)

Leo en *Le Monde* del pasado día 25 uno de esos relatos espeluznantes que las guerras producen con profusión y a los que, con independencia de si son infundados o no, su condición de *plausible* lo vuelve *cierto*; relatos que transforman los hechos narrados en un juicio sobre la naturaleza humana. Nasser Idriss y Youssef Queri, de 34 y 20 años respectivamente, son los dos milicianos rebeldes libios que lo han contado, la voz perdida de espanto y en el más joven ocasionalmente interrumpida, resalta el periodista, por sus propias lágrimas.

La suya es una de esas historias truculentas sacadas de los bajos fondos de la humanidad que arraigan en el corazón de cualquier persona y que la guerra es tan propensa a exhumar; de éstas que justifican la necesidad de un *Derecho en la guerra*, tanto como amargan su cumplimiento, por cuanto éste presupone un grado de nobleza ética de la que la existencia misma de aquél es su negación, y un desarrollo civilizatorio tan elevado que eximiría de acudir al tribunal de la fuerza, del que la guerra es su vástago privilegiado, como instrumento de composición de conflictos.

Los dos milicianos se habían conocido durante la desbandada provocada entre las tropas rebeldes tras su bombardeo por el ejército de Gadafi. Al poco hicieron una salida clandestina hacia las líneas



enemigas, con el doble objetivo de recuperar algunos cadáveres de compañeros caídos, al cual Youssef Queri añadía el suyo personal: encontrar, vivo o muerto, a su primo. Pronto les sorprendió el *éxito* en sus pesquisas, dándose de bruces con un primer cadáver seguido de muchos más: “había ocho coches de rebeldes en el arcén de la carretera [de Ajdabiya] y unos cincuenta cuerpos esparcidos aquí y allá”. En tal punto, el dantesco espectáculo se torna decididamente macabro: en el arcén había también una furgoneta con dos personas oyendo música, alternativamente consideradas hostiles o amigas; finalmente, sobrepuestos al temor, se acercaron a la cabina... para descubrir el rostro puro del horror: dos seres humanos recién seccionados por la pelvis, con las orejas cortadas y las cabelleras arrancadas. Tras esa visión, “me eché a llorar”, rubricando de este modo el joven miliciano su exposición.

La breve e intensa visión del horror les hizo emprender un sobrecogedor viaje a los infiernos del corazón humano, a esa región de la crueldad gratuita en la que hasta la propia muerte violenta, por su nivel de maldad en relación al horror *puro*, parece un juego de niños. El mayor temor que a un ser humano es dado ordinariamente experimentar, según Hobbes, palidece frente a esa segunda muerte con la que la saña desprecia al muerto, y frente a la cual no sólo el Estado, esto es, el remedio ideado por el filósofo inglés a fin de espantar el citado temor, sino incluso el recurso de la conmiseración, con el que la naturaleza suele pertrecharnos de oficio, o el trabajo milenario de la civilización por convertir la venganza en justicia, se revelan no como



una segunda piel, sino lisa y llanamente como una simple máscara. Sólo la lección de convivencia dada por el pueblo japonés en estos días truculentos, grandiosa excepción de la cultura frente a la ley de la selva, mantiene encendida la débil luz de la humanidad.

Con todo, ambos milicianos han perdido ya, y para siempre, la inocencia; frente a esa autocomplacencia del mal por desconocer todo límite, incluido el de la supuesta omnipotencia divina; frente a su esfuerzo por convertir el dolor en la principal manifestación de la razón hasta extirparle la esperanza; o frente al comportamiento *estético* ante la muerte una vez reducido a escombros el corazón por la violencia, ninguna voz, ningún poder, lograrán en lo sucesivo traspasar por completo el círculo de silencio y de vacío con que el horror *puro* ha rodeado la conciencia. A partir de aquí se podrá intentar renegar de la experiencia o engañarse, porque la vida se halla más a gusto entre rutinas que en situaciones límite, y la memoria celebrará con ella un pacto de olvido más o menos duradero y *sincero*; pero, justo a partir de allí, el olvido ya nunca será perfecto y, por tanto, el consuelo nunca propagará una felicidad completa.

El relato no terminaba ahí; la tragedia del mal gratuito constaba de dos actos más, si bien el último era un calco del primero. En él reaparecía el horror de la guerra en forma de nuevos cadáveres y ese otro horror, demoníaco de puro humano, representado por las mutilaciones: cuerpos sin piernas, sin brazos o sin cabeza. En el segundo acto, los rebeldes cuentan que mientras disponían los cuerpos



en la parte trasera de la furgoneta un silbido extraño les llamó la atención mientras les llenaba de estupor y miedo; lo confundieron con una bomba y salieron huyendo de la misma junto cuando en derredor suyo empezó a caer una lluvia de obuses: “era una trampa”, concluyó el de más edad. Es decir, que el enemigo (*oficial*), deshumanizado ya enteramente el enemigo (*rebelde*), había instrumentado *militarmente* en beneficio propio sentimientos primarios del ser humano que difícilmente pueden ser arrancados de su corazón -la piedad ante el sufrimiento, el dolor ante la muerte- y los deberes de solidaridad casi *consanguínea* que imponen a su conciencia, para tender una *trampa humanitaria* a quien en el bando rival deseara recuperar los cadáveres de los *suyos*.

Se trata, como se ve, de una práctica extrema, pero cabal, de la máxima *el fin justifica los medios*, que implica una deshumanización total de quien la ejerce, pues la caza al *enemigo* en que se traduce significa, en el interior del *cazador*, la caza al *hombre* que lleva dentro, el sacrificio de la *condición humana* en general dentro de uno mismo.

Y es que, en efecto, ni siquiera en un ámbito tan trágico, bruto e irracional como la guerra todo *no* puede estar permitido; de hecho, desde Tito Livio al menos, el predicado *justa* ha acompañado a algunas de ellas para discriminar entre ellas, para hacer ver que discurrían por un cauce de reglas consideradas como otros tantos límites impuestos por la civilización a la nuda violencia. En los albores de la modernidad, Vitoria endureció las condiciones de la *guerra justa* apostillándola con un *ius ad bellum* en el que no todo motivo –un ejemplo: la gloria del



príncipe- era *buen* motivo para declararla y con un *ius in bello* en el que ni los vencidos eran la *presa* del vencedor ni cualquier castigo –un ejemplo: la muerte- era válido en toda circunstancia: ni siquiera como sanción al que con su *injuria* había desencadenado la guerra *justa*. Y en las postrimerías de su primera fase, Kant amarró la guerra al fin de la paz a cambio de declararla justa: y ésa era una “ley”, y no la única, en el “estado sin ley” que es la guerra. Las doctrinas de ambos autores sentarían precedente para las *Convenciones de Ginebra* de 1949, en las que se respaldan las intenciones de ambos filósofos de proteger la inocencia prohibiendo la crueldad, si bien aquí se amplían aún más las garantías al fijar los principios que tutelan a los militares heridos, los prisioneros la población civil y sus bienes (en este caso, Kant había establecido una diferencia ética sustancial entre personas y bienes, por lo que la exigencia de protección a las primeras no comprendía la de sus *cosas*).

Todo este mundo normativo es lo que ha sido violado, al decir de ambos testigos rebeldes, cuando los miembros de las tropas de Gadafi – sin haber llegado a precisar si dentro de ellas había sido el bando mercenario el autor del crimen contra la humanidad- sacaron de su alma el *Polifemo* presente en cada hombre (con la momentánea excepción *manifiesta* de los japoneses) para que al devorar a los hombres de Ulises devore en ellos a la sociedad. Proteger la inocencia contra la humanidad, aunque no extirpara al monstruo, sí evitaría que el desenlace de tragedias como la señalada lo invocaran como numen protector del futuro. Habla el rebelde de más edad: “Lo que hemos visto



es vicioso y sanguinario en extremo. Desde ahora, si me topo con un soldado libio le daré muerte y ya está. Pero si doy con un mercenario africano, también yo lo despedazaré, Dios mediante, para vengar a nuestros jóvenes”. El veneno del áspid, definitivamente, se ha transmitido a la víctima con la mordedura.